

IDEA DE LA AMISTAD

Silvio Mattoni

ANTELO, Raúl. *Crítica acéfala*. Buenos Aires: Editora Grumo, 2008. 274 págs.

Crítica acéfala, diría, es un libro que piensa y que por lo tanto hace pensar. No tiene cabeza, en el sentido de que no está dominado por un pensamiento único, no traza una línea continua que el lector debiera seguir. ¿En qué piensa este conjunto de ensayos críticos consagrados a Borges, a la cultura latinoamericana, a lo moderno entre otras cuestiones? En cierto modo, podría tratarse de pensar lo imposible, ya que Raúl Antelo pone su mirada lúcida bajo el auspicio de la figura batailleana del acéfalo, ese monstruo que representa lo irrepresentable. La ausencia de la cabeza no es tan sólo la negación de una racionalidad autorregulada, ese control que se instala desde un principio en la noción de sujeto, como si un homúnculo siempre consecuente consigo mismo llevara las riendas en el interior del yo, frenando eventualmente los caballos del deseo y la pasión. El acéfalo es también algo sagrado, afirmativo, en la medida en que se refiere a lo excluido, lo que puede un cuerpo, lo que desata la falta de forma de los órganos y la anomia del lenguaje descubierta por azar. Antelo no deja de remitir este principio anárquico, potente instrumento de lectura que no deja en pie las identidades ni las posiciones aceptadas, a los filósofos que experimentaron su necesidad justo cuando la filosofía llegaba a su fin, reducida a puro juego de lenguaje o a la esperanza mística de lo inefable; Antelo cita pues, con frecuencia musical, a Bataille, a Benjamin y sus indagaciones del inconsciente estético y las anestias en la modernidad, a Deleuze y su deriva en fuga por las imágenes, por la fuerza de los cuerpos como signos mudables, a Giorgio Agamben y su política de los restos de la experiencia. Sin embargo, estos nombres no son más que metáforas de la disolución de los significados establecidos, sobre todo de la imaginación de supuestas culturas nacionales. Metáforas, digo, porque han sido transportados a través del mar y quizás representan una tradición más por su desplazamiento que como objetos en sí mismos. No es el menor de los

indicios de tal desplazamiento la confrontación que realiza Antelo entre diversas lecturas de lo moderno latinoamericano, donde los modelos desembarcan en distintos puertos y generan modernidades impensables. ¿Qué diría Bataille de Brasil, de la Argentina? ¿Cómo puede leerse en estos trópicos que un maestro de pensamiento llamó “tristes”? Más que preguntas, se trata de inquietudes que surgen en el lector de este libro. Y en tales inquietudes resuenan otras, también descritas en detalle, como las del movimiento antropofágico brasileño, como la aniquilación de una tradición para que haya muchas según Borges, como la interrupción de la historia que se produce con cada raptó, irrupción, aparición de lo nuevo, por ejemplo, en la poesía. Los nombres designan entonces un lugar de enunciación, desde el cual se habla y se intenta pensar, pero no lo significan. No existe lo argentino ni lo brasileño, salvo como lugares en la lengua, incluso como exilios en cada lengua porque ningún lugar puede designarse si no es mediante la *deíxis*, el afuera de las palabras. *Crítica acéfala*, que indaga polémicas, lecturas, disputas y traducciones entre los tres polos de la teoría europea, por un lado, la especulación cultural brasileña y argentina, por otro, y finalmente el arte sin territorios, indica ese lugar, que se revela imposible porque no homogeneiza sus materias. Y esa indicación puede verse también en que por momentos se trata de un libro trilingüe, con pasajes citados en francés y portugués, con análisis de traducciones infieles entre argentinos y brasileños, con ciertos juegos que usan esa infidelidad para dar un sentido nuevo a las palabras de la tribu. Por lo tanto, como juego consagrado a lo que se excluye de la racionalidad identitaria, como apelación a la transmisión inconsciente de lo intransmisible, la acefalía, que no resuelve nada, se encuentra con la crítica, que subraya las crisis y el cuestionamiento de todo. La operación crítica deja entonces de ser una tarea de la razón, deja de ser un gesto clasificatorio y vano, como toda historia de los rótulos de la lectura, y se vuelve intervención viva, intempestiva, a partir de la cual fragmentos del pasado se lanzan al presente y clavan sus astillas en el cuerpo decapitado de lo que hay, lo que ahora somos, es decir, lo que leemos y escribimos, el lugar donde le disputamos a la nada una comunidad por venir. Pero ese lugar, crítico y acéfalo, hecho de varios lenguajes, no está en la geografía, ni en ese discurso

banalizado de la voluntad que insiste en usurpar el nombre de política, sino que se configura en los intersticios, se arma de conexiones. Antelo parece plantearnos el siguiente lema, entre otros: los mapas deben leerse paranoicamente.

Habría que conectar su figura, el carácter abstracto de unos contornos que esconden la indeterminación de todo límite, con la materia y la memoria, con Marx y Proust, como escribe Antelo recordando el espacio intersticial que define la crítica de Benjamin. En ese mapa multiplicado por la mirada paranoica, cada elemento tiene que ver con todos los demás y esfuma las fronteras, que se vuelven zonas de tráfico intenso. En cada representación se abre paso la materia de unas condiciones dadas pero también la memoria que persiste en el lenguaje y que brinda las bases para las revoluciones del sentido. Así, Borges, que pone patas arriba la mesa epistémica de Occidente, o el movimiento antropofágico, que reduce la cabeza europea y permite pensar en el derroche y la proliferación de imágenes como simbiosis inestable entre el idioma barroco, que colonizó la zona, y aquello que viene del origen. Algo que Antelo recuerda con la famosa cita hamletiano-amazónica que indica la cuestión: “tupí or not tupí”, o sea, ser o no ser tupí-guaraní. Pero no se trata de un primitivismo que anhele la felicidad perdida. Antelo cita también una frase de Hölderlin, interpretada según Lacan: “el pensamiento es mucho más que la felicidad”. Es decir, conectándolo con Borges y su canibalismo textual, que no se trata de someter la escritura a la recuperación y a la identificación de vivencias, sino de atacar los bloques, los pedazos de representaciones, chocar. Porque no habría imagen que perpetuar, sino algo que percutir y que testimonia acaso la existencia en el golpe, en el ritmo.

El libro pues está colmado de resonancias, de reminiscencias. A pesar de que no estamos ante una crítica que establezca jerarquías, identidades, que clasifique o marque períodos, aprendemos innumerables datos de su lectura. Y cada uno, descubierto en la cita de textos menores, de autores semiolvidados, en viejas revistas literarias, es como una señal para despertar las propias redes, la caja de relaciones posibles que parecía en nosotros condenada al archivo y que se revela viva, potente. De ese modo, puede hablarnos con la ayuda de Antelo el olvidado poeta rumano Benjamin Fondane y explicarnos su teoría

antropológica de la poesía moderna, su crítica del irracionalismo sustancialista que terminaba en el sinsentido. O bien oímos de nuevo las antiguas conjeturas de Lévy-Bruhl, que intentaban pensar otras formas de racionalidad que no fuesen meramente científicas. Y en esas citas, se nos dice que si la poesía, como forma excluida del pensamiento pero que piensa la materia significativa del discurso, debe postular su necesidad, antes debe pensarse como real y como pensamiento, abandonar la irrealidad y la feliz irracionalidad extática que dieron origen al lugar confinado de la poesía desde el platonismo.

De ahí que los poetas más actuales aparezcan al final de *Crítica acéfala*, para señalar la puesta en práctica de una poética etnológica, o sea, una poesía que piensa su necesidad presente. Así como la crítica de Antelo se inmiscuye en lo actual e interviene para pensar su propia necesidad. La materia y la memoria se unen en la huella que descifra la poesía en la lengua, en la levedad del olvido que produce cierto brillo; y entonces el mapa que nunca deja de desplegarse, tan infinito como la totalidad del espacio pensable, se interconecta en todos sus puntos ante la mirada de una crítica que no lo reduce a objeto. Lo real, los límites de un lenguaje pero también la tensión que choca y hace vibrar esos límites, no es la cosa ni la sustancia oculta de la cosa fenoménica, como se sabe o se intuye en las citas de Bataille, Caillois, Lacan que nos ofrece Antelo; lo real, repito, no puede ser un objeto ni un conjunto de objetos. Tampoco sería una *arkhé* en la que se inscribirían luego el sujeto y su fiel compañero, el objeto. Lo real no es formal ni comunicativo, aunque tal vez pueda ser compartible, como pura ausencia. Acaso sea, como en el proyecto delirante de Bataille y sus amigos, algo sagrado. Y si estos enunciados parecen herméticos es porque se desconoce la materia de la lengua y se reduce lo real a lo visible y medible.

La poesía, si ha de ser necesaria, como antimerca rítmica en el corazón de la lengua, habrá de ser real. ¿Y cabe dudar de su necesidad para quienes derrochan su vida en atenderla? Antelo responde: “Cuando no es así, se dice, por el contrario, que el enunciado es hermético, lo que implica una evidente censura, como si poesía y régimen escópico racional fuesen meros sinónimos.” La memoria de la crítica frente a la materia de la poesía en cierto modo mixtura el lenguaje poético que no conoce la cosa y la conceptualización

filosófica que ignora la lengua. Así, entre lengua y cosa ausente, el poema que era “lenguaje sin conocimiento” se torna, dice Antelo, “pensamiento autoconsciente. No es la forma de lo sensible de una idea sino lo sensible, en acción, inoperante, de la propia idea poética.” De modo que la poética etnológica de la modernidad será una variante de la búsqueda romántica por conciliar las esferas escindidas en el sujeto y en las relaciones del mundo regulado. Sólo que en el presente no se intentará mediante una mistificación de otras épocas imaginarias ni por una irrealización del mundo inmediato y su historicidad, sino postulando al mismo tiempo la pertenencia a los actos de habla actuales y su procedencia remota, originada en la memoria de la lengua. Lo real, inimaginable, será lo sagrado o lo que une a los seres hablantes, más cerca de la muerte o de lo que simplemente da asco, como huella fosilizada en la materia del olvido. La poesía escucha su llamado, paranoico, y choca contra forma, contenido, imagen, obra, contra los límites de ese mundo que no es de nadie. La crítica acéfala, en la bajeza del cuerpo que es pura amnesia, contra toda anamnesis o reconocimiento clasificatorio, responde a esa búsqueda de lo inaccesible porque sólo de allí procede lo común, la comunidad imposible o lo que sin meta y sin horizonte se trata de pensar. Lo real no es la nada, por eso retorna y no deja de borrarse de lo que se está escribiendo. Pero hay poesía, hay lecturas conectivas, hay mezclas y crítica, escribimos y escribimos... ¿dónde? No en Brasil, no en Argentina, ni mucho menos en Europa, quizás en la proximidad de la muerte y en la esperanza de lo porvenir, que es otro nombre de la amistad.

Córdoba, 12 de agosto de 2008